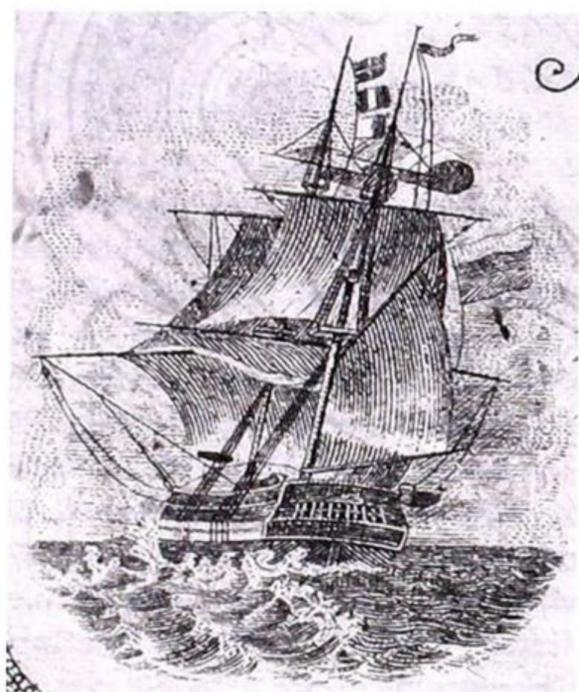


ción que parece evidente, dado que, como sigue argumentando el citado Young, "la mayoría de nosotros piensa que ya sabe lo que es una región: el área que estamos estudiando en ese momento" (pág. 61). De aquí se desprenden varios reclamos sobre lo que el investigador interesado en la región debe asumir. Es por ello que todo estudio de región debe ir más allá del amor a primera vista. La analogía amor-región debe ser superada y crear una solidez en un modelo conceptual que ayude a pensar y trabajar sobre un "destino más o menos claro".



El tema de territorio demarcado que se separa de ver la historia como "universal", tuvo su momento en los años que siguieron a 1970, cuando para entonces al hoy fallecido historiador Germán Colmenares le pareció que el concepto de región les facilitaba a los investigadores "salir de la cárcel de los modelos abstractos que no se sometían a una contrastación empírica, a la que parecía haberlos condenado el ambiente académico e ideológico de aquellos años" (pág. 63). Sin embargo, entre la serie de preguntas que surgen en torno al proyecto región, se halla la de saber qué tanto se pudo desarrollar; es decir, si después de que muchos lo entendieron, qué tanto se empleó o se aplicó para hacer las investigaciones. La conclusión a la que llega el historiador Almarío García es la siguiente: "El tema desapareció de los congresos naciona-

les y regionales, los grupos que la practicaban se diluyeron, sus animadores se agotaron" (pág. 65). De este modo, para el historiador citado, el tigre anunciado se convirtió en un gatito inofensivo, y esto, en cierta medida, por la arrogancia intelectual que no ha desaparecido del todo de los intelectuales.

ÁLVARO MIRANDA

## Territorio Mutis

### Del lado de acá

La altiplanicie donde se halla situada la sabana de Bogotá, a 2.600 metros sobre el nivel del mar, tiene un cielo despejado que vuelve aún más verde el oscuro marco de sus montañas. Pero al tomar la carretera que lleva a tierra caliente, y pasar por el salto de Tequendama, las curvas del camino producen una sensación ambigua de mareo y asombro. De paulatino despojarse de suéteres y chaquetas e incremento, en la piel, en los ojos, de tibieza y vértigo. Pasamos bajo las gárgolas góticas talladas en milenarias piedras chibchas y nos asomamos, con el corazón en la boca, a los abismos más insondables. Allí abajo, muy abajo, casi invisible, un delgado hilo de plata nos recuerda que las cordilleras más empinadas pueden resultar horadadas por el diamante líquido del agua.

Seguimos así los meandros de esos ríos pacientes. Vemos cómo las narices del diablo se proyectan sobre un vacío devorador y nos distraemos con altísimos árboles aferrados con garras y dientes a las resbaladizas laderas. Entretejen un palio de verdor más claro y una flora dulce. Roja, rosa, azul, morada, que comienza a estallar bajo nombres grávidos: novios y geranios, cámbulos y gualandayes. De golpe, a la derecha, una cascada imprevista desciende con el rumor luminoso de su música única.

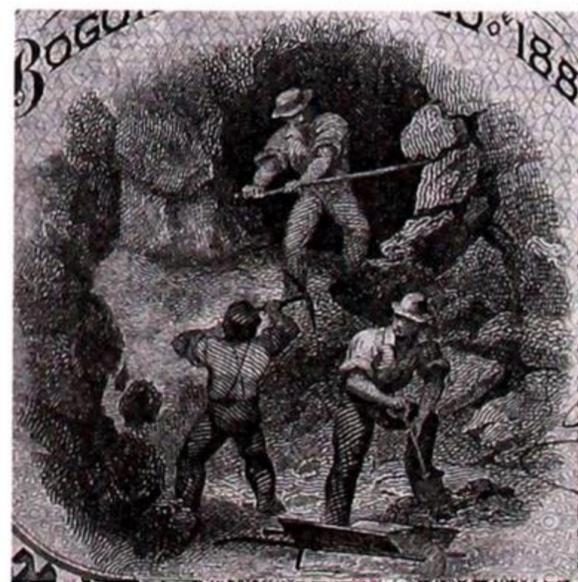
Los tajos en la vertiente se convierten así en una descomunal pantalla donde nos es dado contemplar

toda la botánica colombiana, desde las nieblas perpetuas de los páramos hasta las planicies ocre y amarillas de los esteros tropicales. El Magdalena, el Cauca.

Seguimos así, encerrados en ese embudo claustrofóbico que a cada metro de descenso nos recalienta aún más la sangre. Igual sucede con los carros que, al bajar más de mil metros en media hora, petardean acezantes. Quieren, como todos, refrescar la garganta. Una agria, como llaman a la cerveza, o un refajo, mezcla de cerveza y gaseosa, son despachados en las tiendas del camino. Una se llama *La última vuelta*. Otra: *La nieve del almirante*.

Los buses de pasajeros, las flotas, los fatigados camiones de carga, con ganado o con barriles de petróleo, el cascabeleo sonoro de los caballos de paso, los mercados a la vera del camino, los agobiados burros con su carga de café en el lomo, los recios mulatos, las campesinas de pañolón y sombrero negro de paño, los niños sonrientes y desharrapados: la sempiterna, altiva, propia, resignada, maliciosa, terca pobreza colombiana.

Toda ella poblada de quimeras. No la lotería o la ruleta en la plaza, sino el buscar entierros precolombinos, donde las grandes urnas funerales de barro albergan los sapos, serpientes y aves de oro de los orfebres milenarios. Para ello habrá que escarbar en muchas parcelas y soñar con rabia, hasta que se revele el lugar sagrado.



O los socavones de una mina abandonada. O un aserradero, en el laberinto húmedo y evasivo de la

selva. O el contrabando de rifles, entre los caminos de cornisa o los senderos camuflados que comunican entre sí estas soledades. Pocos ranchos salpican las montañas. De uno a otro —sube y baja, cuatro o cinco horas de marcha. En los burdeles del pueblo, las mujeres aindiadas o las negras inmensas y aleladas devorarán estas fútiles ganancias.

Un mundo campesino de férreas lealtades y odios ancestrales, entre liberales y conservadores, donde la resignación impuesta por el báculo eclesiástico se apoya en la autoridad precaria y esporádica del ejército y la policía. Tanta tierra para tan pocos hombres. Tanto país y tan poco Estado.



Por ello esas pequeñas fincas cultivan el maíz y la papa, la gallina y el perro que ladra, como el imprescindible respaldo del pan coger que intenta mantener caliente su sed de horizontes. Su viaje afanoso hacia la nada.

Como todos los andinos, dibujan el mar. Como todos los presos en el oxígeno enrarecido de estas montañas de más de tres mil metros, intentan moldear sus fantasmas. La pobreza, en primer término, con el fuego rojo del alcohol y el cortante brillo metálico de los machetes, al degollar cuellos o cercenar brazos, en la fiesta de la Virgen Patrona. La violencia, con sus rojos brochazos de sangre, como en la pintura de Alejandro Obregón, ha entonado, decenio tras decenio, el duelo gris de su fúnebre elegía.

Más que la creciente de los ríos desbordados. Más que los temblores y terremotos que borraron Armero o sacudieron la zona cafetera. Más que las plagas en los sembrados. Más que las guerrillas o los paramilitares, obligándolos a desplazarse, es el volcarse en una entelequia concreta lo que agosta la energía de estos hombres y mujeres recios y magros.

Primero el oro, luego la quina y el tabaco, más tarde el café y el petróleo, ahora la coca y la amapola pautan la cronología de esta historia. De la década de los cuarenta a los años sesenta, los trescientos mil muertos de la violencia partidaria. Los años en que Álvaro Mutis (1923) de *La balanza* (1948) a *Los elementos del desastre* (1953) y *Memoria de los hospitales de ultramar* (1959) cartografió, en Colombia, el mapa de su territorio:

*Las armas enterradas  
en lo más espeso  
del bosque  
indican el nacimiento de un  
[gran río.*

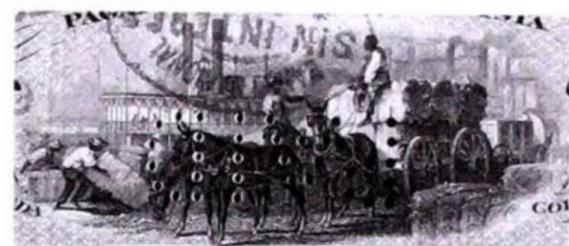
*Un guerrero herido señala  
con énfasis el lugar.  
Su mano llega  
hasta el desierto  
y sus pies descansan  
en una hermosa ciudad  
de plazas soleadas y blancas.*

#### En la página abierta

Pablo Neruda lo llamaba "Bogotá" y lo recibía en la puerta de su casa de Santiago con una infernal mezcla de vodka y champaña. Hablaría mal de Vicente Huidobro y luego se enrumbarían hacia los mares de Conrad.

En el apartamento de Octavio Paz, en el paseo de la Reforma, en México, estaban Vasko Popa, Pablo Antonio Cuadra y Álvaro Mutis. Se pusieron de acuerdo en un punto: la poesía los había redimido de la política. Pero la política que interesaba a Mutis era la del imperio bizantino y Felipe II, la de César Borgia y Napoleón. Quizá por ello su poesía ha crecido y desbordado sus límites: es cuento, novela, ensayo, entrevis-

ta. Avanza por el dorado crepúsculo de los imperios en ruinas y se instala en el corazón asmático de esos barcos a punto de sucumbir lastrados por el orín de tantas aventuras. Arriba sigue incólume el Gaviero. Mira por quienes nos quedamos en la sucia sentina de este mundo plástico y a crédito. Este mundo donde tanta y tan publicitada intercomunicación no nos permite conversar con nosotros mismos. Donde leer muchas horas, en silencio, bien puede ser considerado una terapia de superación y autoayuda.



De ahí que el Gaviero traiga consigo la chirriante rabia de Céline y el elegante desprecio con que Chateaubriand nos habla desde ultratumba. Pero el libro que siempre lo acompaña, en los pasillos de los aeropuertos, son los poemas de don Antonio Machado.

Redacta así sus cartas de navegación en el elegante español de Latinoamérica, tan sabroso como clásico. Tan revelador como discreto. Cuenta más lo que *no* dice. Y las aventuras que nos narra son la misma saga milenaria del hombre que rapta espejismos. El viaje iluso, en pos de encuentros imposibles. El cumplimiento de una cita con el caballero de la Triste Figura.

#### Del lado de allá

La poesía ha usado a Álvaro Mutis y nos ha revelado, por su boca, una vez más la intensidad con que ella crece y se depura al conversar con la muerte. De ahí sus punzantes y conmovedoras elegías a Jorge Gaitán Durán, León de Greiff, Marcel Proust, Alexandr Serguéievich o el Duque de Valentinois.

Sin olvidar, por cierto, que toda su obra no es más que un treno o larga moirologia por la siempre inminente y siempre postergada disolución de Maqroll el Gaviero en la nada bienhechora.

El poeta sabe muy bien cómo será fusilado por los soldados de Dios, sin remisión posible. La verdad de su mentira lo quema hasta lograr configurarla y quedar irónicamente vacío: sus libros ya no son suyos sino de nosotros, lectores olvidadizos. Por ello resulta tan personal y única la poesía de Mutis.



Recuerda la sabia observación de Oscar Wilde acerca de cómo toda la mala poesía es siempre sincera. No se afilia a ninguna causa, por noble que resulte. Sólo le interesan sus caprichosos, obsesivos y recurrentes motivos. Es un alivio saber que a Mutis, en su poesía, no le preocupa la tartufería de querer buscar la paz del mundo ni la identidad de sus compatriotas. Ya les permitió olvidarse a sí mismos, perdidos en el deleite de esas narraciones tan inútiles como imprescindibles. Fue fiel a su causa. Lo que le exigía, imperiosa y arbitraria, su máscara de tahúr, con dudoso pasaporte de Chipre: Maqroll el Gaviero.

Pero estos encuentros cara a cara con la muerte tienen una derivación imprevista. Cuando el poeta sueña en voz alta y logra que la clarividencia de su mirada nos permita palpar esos fantasmas más tangibles que nosotros mismos. Tal la cita que Álvaro Mutis cumplió en Castilla, ayer hace siglos, encontrándose en un corral ruinoso con “el rendido amador de Dulcinea”. Maqroll, escueto y trabajado por tantas ilusiones vueltas polvo, ve un alma afín

de su mutua vigilia, “poblada de improbables hazañas / que son nuestro pan de cada día”.

Hombres que velan las armas y pasan la noche en blanco. Ambos comparten ese pozo, “cegado por la mísera incuria de los hombres”.

En la yerma fuente de nuestros días, un español de Castilla y un americano del Tolima, aguardan, en el ya largo desvelo de cinco siglos, a que vuelva a brotar el agua redentora de la poesía. Le dan la razón a Cyril Conolly cuando, en *La tumba sin sosiego*, dijo: “Los poetas discutiendo sobre la poesía moderna: chacales gruñendo en torno a un manantial seco”.

Por ello ambos permanecen en silencio, cobijados por el momentáneo consuelo de una mujer tan inabarcable como justa. La misma Musa. Llámese Marcela, la pastora homicida, o Ilona, quien trae la lluvia.

He aquí la almendra de una metáfora estricta. Un tiempo para el cual no hay medida. El don aterrador de la poesía: ver lo que se acerca y convertirlo en música. Mirar hacia atrás y lograr que de las tumbas surja una parla melodiosa y rica.

Al separarse, ambos caballeros deben seguir su camino. Maqroll, perdido entre los lodosos esteros de un río del trópico. Don Quijote, por el yermo campo de Castilla, poblado de venteras y molinos. Ambos, con la intransigencia de sus quimeras, dieron, por fin, realidad al mundo.

### Lo perdurable del fracaso

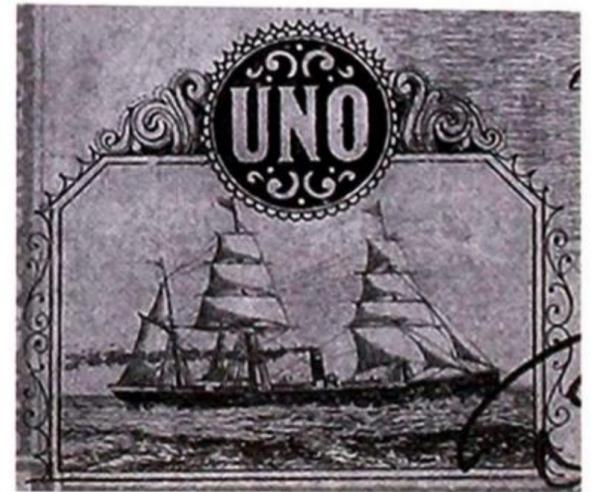
Los tres mejores relatos de Álvaro Mutis son *La muerte del estratega*, *La mansión de Araucaíma* y *El último rostro*. El primero y el último recrean motivos históricos: el imperio bizantino, los últimos días de Bolívar. *La mansión...* responde a un desafío del cineasta español Luis Buñuel sobre la imposibilidad de una novela gótica en tierra caliente. Mutis ganó la apuesta: sustituyó el castillo por una hacienda cafetera y puso a hervir allí, en la sincrética marmita del mestizaje, las crueles pasiones de los personajes.

Personajes, por cierto, que emanan de su poesía y anuncian sus novelas. Tal el caso del dueño de la

hacienda, Don Graci, un invertido malévolamente arrancado del hospital de los soberbios, y del guardián, quien con sus maneras lacónicas refleja al siempre ubicuo Maqroll.

El cuento tiene la ceñida agilidad de un guion cinematográfico: un escenario, un desfile de personajes, unos hechos. Presentación, nudo y desenlace. Pero no sólo eso: también están los sueños y la sugerencia de un misterio. Un ser de fuera ha roto la armonía cerrada de ese mundo pleno.

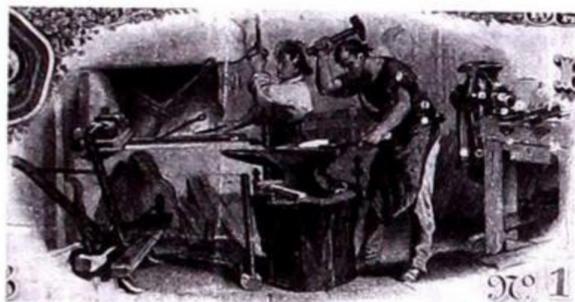
Paraíso donde reina un Dios obeso, una aspirante a estrellita cinematográfica de diecisiete años, trae de nuevo, al primer plano, las viejas rencillas de un fraile, un guardián, un piloto y un sirviente negro, que han girado entre dos polos de atracción: el dueño homosexual y esa hembra frutal llamada la Machiche, espeso tótem de sensualidad desbordada.



Al sentirse desplazada por la joven rival, urdirá la venganza. El dueño, al consentir en ello, verá precipitarse la ruina sobre el pequeño imperio que había edificado. El deseo, a través de ese chivo expiatorio que es la muchacha, encadena a estos seres en una ronda cruel de intercambios sexuales. Donde la aparente frialdad con que satisfacen sus instintos —“copulaban furiosos y conversaban en amistosa y serena compañía”— se ve alterada por la ciega fatalidad del destino, consumiéndolos en una sucia vorágine de sangre.

*La muerte del estratega* arranca de los libros que Charles Diehl dedicó al imperio bizantino. Figuras como Ana Comnena e Irene Doukas. Pero Mutis, más que la fidelidad históri-

ca, busca en realidad discernir el significado de un elemento trascendente en un mundo donde la fe se apaga. La herencia griega y cristiana resistiendo ante los alfanjes del islam. Perdida su razón de ser, que era Ana la Cretense, Alar el Ilirio se inmola por defender un imperio del cual es soldado y por lealtad final con unos valores y una fe que contempla a distancia.



Sólo cree en "la verdad de su tibio cuerpo, la verdad de su voz velada y fiel, la verdad de sus ojos asombrados y leales": la mujer que ya no está a su lado. Para encontrarla se hundirá en el torbellino de la batalla, donde hallará, por fin, "esa desordenada alegría tan esquiva, de quien se sabe dueño del ilusorio vacío de la muerte".

Mutis, en realidad, sólo busca pretextos para explayar sus obsesiones: la desesperanza, el deseo y el coraje, el asumido cumplimiento de un deber, el absurdo que roe todas nuestras empresas. Otros dos cuentos suyos, *Antes de que cante el gallo* y *Sharaya* que, como *La muerte del estratega*, fueron escritos en la prisión de Lecumberri, son también variaciones sobre motivos religiosos.

La traición de Pedro a su maestro, en una versión moderna de la crucifixión, donde los muelles en huelga nos traen el salino aroma de grúas y barcos oxidados. Se dará allí la tortura, el terror policíaco, la razón de Estado que justifica el exterminio de esa secta, y la final indiferencia de Pedro ante el legado del maestro. Por su parte, el santón hindú que, en *Sharaya*, tiene consigo todas las respuestas, verá cómo ellas le resultan inútiles ante "la ira destructora y el fecundo deseo". Un amasijo de huesos y ropa que ametrallarán para cancelar a ese testigo incómodo que ya conoce la nada y

su negra fecundidad sin orillas. Un mundo de rapacidad ambiciosa y fuerza bruta, de doblez y cobardía, ahoga a esos profetas iluminados. Igual sucede con el mejor relato de Mutis, en el cual, con un artilugio propio de Borges, y, claro está, de Conrad, nos muestra los últimos días de Bolívar a través de los ojos de un coronel polaco que llega a Santa Marta.

El asesinato de Sucre en Berruecos incrementará el escéptico fatalismo del Libertador. Termina su vida acosado por "los mismos imbéciles de siempre, los astutos políticos con alma de peluquero y trucos de notario que saben matar y seguir sonriendo y adulando". La elegía es feroz y conmovedora y proyecta su figura sobre un mundo más vasto: el de los cruzados y los Kraks de caballeros en el Líbano, la corte española y el imperio napoleónico. Sólo que el Bolívar agonizante entre charcos de sangre, traiciones y deslealtades, es hoy tan válido como en 1830. Lo dijo María Zambrano en palabras que enlazan y resumen estos cinco relatos:

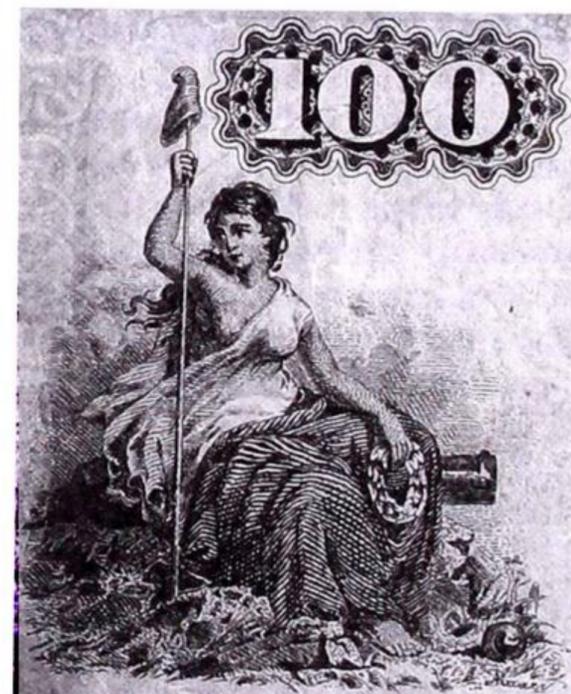
*Y es que posee la historia un ritmo inexorable que condena al fracaso todo aquello que se le adelanta o que le desborda. Fracaso en razón de su misma nobleza y de su insobornable integridad; también porque en el fracaso aparece la máxima medida del hombre, lo que el hombre tiene tan desprendido de todo mecanismo, de toda fatalidad, y que nada puede quitarle. Lo que en el fracaso queda es algo que ya nada ni nadie puede arrebatarnos.*

JUAN GUSTAVO  
COBO BORDA

## Ramón Cote Baraibar

Hijo de poeta, como María Mercedes Carranza y Santiago Mutis, Ramón Cote nació en Cúcuta el 19 de

mayo de 1963. Su primer libro fue publicado en 1984 por ediciones Arnao, de Madrid, donde se graduó en historia del arte en la Universidad Complutense. Al instalarse en Colombia, se dedicó a la publicidad. Ha publicado ensayos sobre poesía colombiana en revistas como *Ínsula*, y en 1992, con el título de *Diez de ultramar* publicó una muestra de joven poesía latinoamericana que abarcaba nombres como José Luis Rivas, Coral Bracho, Raúl Zurita, Fabio Morabito, Yolanda Pantin y Eduardo Chirinos. Entre la nueva poesía colombiana, su voz es una de las más reconocibles. Vale la pena, entonces, repasar la totalidad de su trayectoria.



*Poemas para una fosa común*, su primer libro, reeditado en Colombia en 1985 por la Fundación Guberek, es una impaciente mezcla de influencias. Desde la voz de su padre, Eduardo Cote Lamus, en sus imágenes de árboles y ríos, como en el poema *Pasado*, hasta en sus incursiones en la historia y en la coagulación de ésta en una ciudad, como aquella que albergó la biblioteca de Alejandría. "La historia obtuvo una ciudad".

Está también el proverbial triángulo de la época que integraban Aurelio Arturo, Álvaro Mutis y Alejandra Pizarnik.

"Cuenta / cosas, describe ciénagas remotas, / relata hombres y navíos" (pág. 15), dice apropiándose de la voz de Mutis, en su afán narrati-